

Luz.—Y desde cuándo la edad define a los hombres en la vida?

MARCELO.—Comprendo y agradezco tu pensamiento.

El problema sencillamente es este: en mí hay dos personalidades: la cifra *yo*, en sí misma, que tiene un valor cualquiera, el que pueden darle mis estudios, mi educación, mi capacidad individual, si es que tengo alguna; y el *otro yo*, mi exponente social, la influencia de mi padre, lo que yo puedo dar de mí efectivamente, el talento que a la sociedad le ha placido concederme, mi valor extrínseco, en fin.

La primera cifra es inadvertida por las gentes: la última es la que yo tomo en cuenta cuando pienso en Angela.

Luz.—¿Y qué?

MARCELO.—Nada, que de la diferencia arbitraria de esos dos valores que hay en mí, nace mi imposibilidad actual de ofrecer a ella lo que otro, tal vez de menos kilates que yo, podría ofrecerla ahora mismo, si ella consintiese: la perspectiva segura de un hogar lleno de elegancia y refinamientos, el sueño dorado de las mujeres frívolas... encantadoramente frívolas.

Bajando la voz.

Luz: sin saber cómo te he hecho una disertación empalagosa; perdóname!

Luz, *sin darse cuenta*.—¿Y en esa combinación no suma el amor?

MARCELO.—Así parece.

Luz.—Pero es que tú no crees en el cariño de Angela para tí?

MARCELO.—A veces creo. Ahora no creo.

Luz hace un gesto de duda, y Marcelo prosigue.

Por qué trata de mortificarme infundiéndome celos? Acaso no comprende que soy incapaz de sentirlos; que no concibo el amor lleno de torturas; el que se trate de humillarme, de coartar mi libertad, de romper mis viejas amistades. Acaso no comprende que el amor es la libertad en una comunión suprema?

Pero no se imagina que yo puedo ser un novio vaciado en yeso, consecuente con el manual amoroso que las mujeres superficiales han fabricado para el uso de los siete-mesinos que firtean con la flor en el ojal, la cañita en la mano y los ojos en blanco..., como el cerebro!

Se equivoca.

Algunas veces me reñía porque me retardaba un momento conversando con cualquier amigo, y en cambio, cuántas llegué a la hora habitual y ella andaba por allí, de visiteo.

Luz.—¿Eso te resentía?

MARCELO.—Al contrario: todo ello está con mi modo de sentir. Para mí el amor —ya te lo dije— es la unión en la más absoluta libertad. Lo que me chocaba era la falta de lógica: contrariarme a mí con reproches, por cosas que ella hacía con más frecuencia y con verdadera voluptuosidad, y que yo no tomaba ni siquiera en cuenta.

Luz.—Recuerdo que en cierta ocasión me dijiste que en el amor, como hasta en el más nimio incidente del vivir, ha de entrar el cálculo, y que por lo mismo debemos renunciar a todo aquello que nos da menos gozo del que nos quita. Si tus relaciones con Angela te ocasionan más pena que placer ¿por qué no las cortas de raíz?

MARCELO.—Lo he intentado. No hace mucho, cuando puso todo empeño en hacerme romper con Roberto, el mejor de mis amigos, infundiéndome celos con él, estuve cerca de dos meses sin hablarla. Pero acontecía que, cuando a las horas de costumbre, pasaba frente a su casa, que, como sabes, está en la calle de la mía, oía siempre en el piano el mismo vals, un vals que ella sabe lleno para mí de dulces evocaciones, de recuerdos de instantes felices, ya muertos, que nos fueron comunes..

Luz.—En realidad, es cruel.

MARCELO.—Sí, es cruel mi situación, tan cruel que ya el Dante la había imaginado al inventar los tormentos de su *Infierno*. Acuérdate:

«No hay mayor dolor en los dolores que en vano recordar tiempos mejores desde el fondo del mísero destino».

Moviendo la cabeza lentamente.

¿Qué se proponía? ¿Atraerme de nuevo o martirizarme?

Luz.—Tú creíste lo primero... y por eso volviste.

ESCENA VI

Dichos y ANGELA

ANGELA, *llegando apresuradamente a la terraza*.—Tu marido, Luz! Tu marido acaba de llegar en el coche!